

Capítulo 1

Aquel infame día comenzó como un martes cualquiera. O al menos era así para la mayoría de la gente, aunque no para Juan que se había cogido unos días libres. A media mañana tomó uno de los autobuses que unen el sur de Madrid con el norte de Leganés y se apeó en la parada del «Plaza Nueva», un conocido centro comercial que albergaba varios negocios, entre ellos: un supermercado, una tienda de deportes y un almacén de bricolaje. El plan para aquella jornada era realizar algunas de las reparaciones que toda casa de cierta antigüedad requiere como era el caso del domicilio de su madre. Aunque disponía de tiempo suficiente, caminaba con paso acelerado y siguiendo una ruta de compras optimizada para tardar lo menos posible. Lo primero sería entrar en el Carrefour para coger un par de cosas que faltaban en la lista de la compra realizada el día anterior; luego se pasaría por la tienda de deportes Decathlon para reponer varios pares de calcetines de la sección de caza y pesca; y por último entraría en el almacén de bricolaje y adquirir el material necesario para los arreglos domésticos.

Cuando transitaba por uno de los pasillos del supermercado, percibió, por el rabillo del ojo, una luz que cambió de intensidad bruscamente. Al girar la cabeza y dirigir la mirada hacia lo que supuso era el flash del teléfono móvil de algún adolescente que había elegido hacerse un autorretrato en la sección de conservas, o alguna ama de casa bloguera que quería publicitar su marca de pepinillos preferida, descubrió que no había nadie con el teléfono en actitud fotográfica. Lo que sí observó fue la ubicación de la fuente de luz que provenía del exterior y que aún era visible aunque con menor intensidad. Intentaba agudizar la visión centrándola en las puertas de salida en el mismo instante en el que comenzó a notar una leve vibración en el suelo que se hizo patente con el tintineo de los frascos de cristal de las estanterías y el parpadear de los fluorescentes del techo. El temblor no duró mucho, y al finalizar, Juan soltó el carrito de la compra y se dirigió sin dudarle a la puerta de salida norte. Si se trataba de un terremoto no convenía permanecer en el interior de aquella construcción, siendo más seguro situarse en el gran parking al aire libre alrededor del cual se levantaba el centro comercial. Al tiempo que se aproximaba a la salida, su cerebro trataba de buscar una explicación a lo que estaba sucediendo. No sería la primera vez que en Madrid se notase los efectos de un terremoto cuyo epicentro se localizase a gran distancia de la capital, pero no encontraba lógica al potente fogonazo de luz que había antecedido al movimiento sísmico. A medida que se acercaba a la puerta de salida era más complicado avanzar por la aglomeración de clientes que también querían salir al exterior, pero su celeridad le permitió abandonar el edificio antes de registrarse una avalancha humana.

Cuando se internaba en el aparcamiento, sorteando al gentío y los vehículos estacionados, se percató que algunos de los que corrían junto a él se iban deteniendo para mirar hacia la esquina noreste de la plaza, allí donde el hueco entre los edificios de Decathlon y Carrefour permitía contemplar la silueta urbana de la capital, incluida Torrespaña. Pero cuando él giró su cabeza para averiguar qué era lo que todos observaban, su mirada se dirigió, inevitablemente, a otra figura más llamativa que la torre del Pirulí. Algo que era cientos de veces más grande y que su cerebro se resistía a aceptar. Aquello no podía estar pasando. Esa imagen era propia de películas, series o documentales, pero no de la vida real, y menos en un escenario como el de la capital de España. Sin embargo, allí estaba, creciendo lentamente sobre su ciudad, una gigantesca nube en forma de hongo producto de una explosión nuclear.

Juan se quedó petrificado como el resto de personas que, cada vez en mayor número, se concentraban en el parking. Sólo cuando alguien chocó con su hombro despertó de la abstracción en la que se encontraba sumido.

—¡Vale!, puedo con esto y sé lo que hay que hacer— Se dijo así mismo.

Miró su reloj para ver si aún funcionaba y, tras confirmar que así era, trató de calcular aproximadamente el tiempo que había transcurrido desde el fogonazo que le llamó la atención cuando aún estaba dentro del supermercado. Estimó que no habría sido más de tres minutos, cinco a lo sumo. Después, al igual que mucha de la gente que le rodeaba, sacó su teléfono comprobando que funcionaba pero sin conexión a la red. Llegó a la conclusión de que se encontraba fuera del área del pulso electromagnético, pero tal vez la red de repetidores de telefonía móvil no había tenido la misma suerte.

Su siguiente paso era hacerse con el material que necesitaba de forma inmediata para sobrevivir.

—¡Maldita sea! —pensó—. De haberme pillado esto en casa tendría todo lo necesario.

No obstante, estaba en un buen lugar donde conseguir lo que requería, pero contaba con muy poco tiempo. Sabía exactamente qué la primera parada sería el almacén de bricolaje y salió corriendo hacia allí. El trayecto no fue fácil ya que todos los conductores trataban de abandonar el centro comercial al mismo tiempo, transformando el aparcamiento en una gigante atracción de coches de choque, registrándose conatos de atropello y pequeños impactos.

Cuando estaba a punto de alcanzar la entrada del almacén se cruzó con un joven vigilante que preguntaba a gritos:

—¡Lejía!, ¿Qué hacemos?

Juan no interrumpió su camino hacia la puerta, pero siguió con la mirada al vigilante y le vio alcanzar a un compañero más corpulento que se encontraba mirando atónito la seta atómica. Al entrar en la tienda se cruzó con los escasos clientes que abandonaban el local, y vio como el único empleado visible se afanaba en sacar el dinero de todas las cajas registradoras, bien para evitar robos o para saquearlas él mismo. La iluminación era muy escasa, deduciendo que funcionaba con generadores de emergencia sin poder saber cuánto durarían. En consecuencia, al doblar por el primer pasillo lindante con los puestos de venta, lo primero que buscó entre los productos conocidos como «de última hora» fue una linterna y varios paquetes de pilas, echándolo todo en una de las muchas cestas tiradas por el suelo. Siguió a la carrera hasta llegar a uno de los pasillos donde sabía que se encontraba lo que buscaba ya que no era la primera vez que adquiriría ese material. Tras una rápida inspección visual localizó la máscara que le interesaba. Se trataba de un modelo de uso profesional para trabajos con sustancias peligrosas que empleaba filtros con carbón activo y protección visual que recordaba a las máscaras antigás de la Gran Guerra. Había cogido dos unidades y se encontraba llenando la cesta con filtros de repuesto cuando advirtió que dos personas se acercaban hacia él. Se trataba de los vigilantes que había visto en el exterior de la entrada.

—¿Qué haces? —le preguntó el vigilante más corpulento.

—Lo mismo que tú —contestó Juan—. Creo que te llaman Lejía, y dudo mucho que sea tu nombre de pila, por lo que es posible que hayas servido en la legión. Y si estáis en este pasillo es porque has recordado algo de tu entrenamiento en guerra NBQ.

—¿MBQ? —preguntó el vigilante más joven a su compañero.

—NBQ —corrigió Lejía—. Quiere decir: Nuclear, Biológica y Química y sólo recuerdo que había que ponerse la máscara y el traje a toda leche.

Tras unos segundos de silencio que empleó en chequear a Juan de pies a cabeza, añadió:

—Tú también tienes pinta de haber servido, o servir aún, por ese corte de pelo casi al cero; la pulsera de *paracord*; y esas botas tácticas que sólo he visto usar a los de la CIA en Afganistán.

—Cojonudo, Sherlock —respondió Juan en tono sarcástico sin dar pistas sobre si su deducción era o no acertada. Se puso en pie, agarró la cesta y espetó—, pero ahora no tengo tiempo para presentaciones. Serviros vosotros mismos. Yo tengo que seguir buscando material.

—Dirás, robando material —apuntó el vigilante más joven dando un paso al frente.

—¿Estás de coña? —Contestó Juan encarándose al muchacho—. En unos minutos todo esto no valdrá nada.

El Lejía frenó a su compañero sujetándolo del brazo y le preguntó a Juan:

—¿Qué es lo que va a pasar en unos minutos?—

—Entre cinco y diez minutos después de una explosión nuclear se produce un fenómeno conocido como «Lluvia radiactiva». No tiene por qué ser en forma de lluvia líquida, pero caen partículas radiadas que el viento puede transportar a cientos de kilómetros. Madrid y alrededores se van a poder hermanar con Prípiat porque van a convertirse en una zona fantasma, como esa ciudad ucraniana cercana a Chernóbil. ¿Os preocupa que me lleve algo sin pagar?, muy bien, aquí tenéis —dijo Juan sacando un par de billetes de cincuenta euros que tiró al suelo, y luego comenzó a caminar, tirando del carro, por el lado opuesto del pasillo.

—¡Espera! —Rogó el vigilante de más edad—. Es evidente que sabes lo que hay que hacer. Ayudémonos mutuamente.

Juan se paró en seco y evaluó la situación. No era partidario de formar equipo pero sabía que le convenía la ayuda en aquel momento. Miró su reloj y dijo:

—Vale. Coged máscaras y bastantes filtros como los que he cogido yo y nos vemos en la sección de embalaje.

Tras hacer acopio de diverso material, Juan se encontró con los vigilantes y les explicó cómo fabricar un equipo NBQ casero. Primero, con cinta americana, unió en serie algunos filtros y los conectó a las máscaras faciales. Repartió en tres montones varios guantes de látex, monos tipo buzo desechables de pintor, ponchos de lluvia con capucha, y mostró el correcto proceso para vestirse con ellos. No dejó de mirar su reloj, y cuando llegaron al último paso, el de sellado de

los distintos componentes de la vestimenta con cinta americana, pudo al fin relajarse al comprobar que sobraban unos segundos para el límite que se había fijado.

—Bueno, por lo menos ya tenemos protección individual —dijo Juan elevando el tono de voz para que se le oyese pese a la máscara y mientras revisaba los sellados de la cinta sobre su propia vestimenta y la de los vigilantes.

—Por cierto, me llamo Antonio —se presentó el más joven ofreciendo su mano.

—Juan —respondió éste mientras le estrechaba la suya.

—Santos, o Lejía, como ya sabes —indicó el legionario que aún se encontraba sentado en el suelo aplicando cinta entre las perneras y sus botas.

—¿Qué planes tenéis? —Se interesó Juan.

Los vigilantes se miraron entre sí tratando de confirmar algo que ya habían hablado.

—Nuestra idea es irnos a casa con nuestras familias —se arrancó el Lejía mientras su compañero asentía con la cabeza—. Antonio vive aquí, en Leganés, y yo en Aluche. Venimos al trabajo en autobús. De haber venido en coche ya nos habríamos ido.

—¿Y cuándo pensáis marcharos? —Preguntó Juan.

—¡Ya!, ahora mismo —contestó el más joven.

—En tu caso —dijo Juan dirigiéndose a Antonio—, no veo problema en irte andando. El casco urbano de Leganés está cerca y vas en dirección sur, alejándote de la zona de peligro. Con estos trajes de protección caseros evitas riesgos por lluvia radiactiva. Recuerda quitártelo con cuidado de no tocar las partes que hayan estado expuestas al aire antes de entrar en tu casa, y guardándolo dentro de una bolsa de plástico bien anudada. Si tenéis sótano o garaje quedaros allí un par de días, si no, cerrad ventanas y no salgáis hasta que las autoridades lo indiquen, o irnos fuera de la comunidad.

—En cuanto a ti —prosiguió Juan dirigiéndose al legionario—, yo voy en la misma dirección. Si quieres vamos juntos, pero antes de salir deberíamos beber bastante agua, hacernos con unas mochilas grandes y llenarlas de algunas cosas.

Los tres acordaron pertrechándose en otros comercios antes de partir. Al aproximarse a las puertas de salida del almacén de bricolaje comprobaron que la plaza del centro comercial estaba prácticamente desierta, y sólo vieron a algunos individuos que empujaban a toda prisa carros de compra repletos de bidones de agua, papel higiénico y otros productos que caían al suelo sin ser recogidos.

Una vez en el exterior notaron que la temperatura había subido considerablemente, más incluso que lo que estaban acostumbrados en los meses más calurosos de Madrid o los que el legionario recordaba en su Málaga natal. Los vigilantes lo atribuyeron a las varias capas de ropa que llevaban, pero Juan sabía a qué era debido en realidad.

Al salir al exterior, Juan busco con la mirada algún elemento sobre los tejados de los edificios que le permitiese determinar si se registraba algún tipo de viento y su dirección pero no advirtió ninguna señal que se lo indicase. Al llegar a la entrada del Decathlon se encontraron con las puertas de acceso de cristal cerradas. Mientras Antonio buscaba las llaves en la bolsa donde había guardado sus enseres personales y aquello que pudieran necesitar tener a mano, Juan se asomó al esquinazo de la plaza para volver a observar Madrid. Una gigante humareda de un marrón grisáceo se levantaba sobre la ciudad a los pies del hongo nuclear que iba incrementando su tamaño por momentos. Estimó donde debía estar su eje central y luego dirigió la mirada hacia abajo, sobre la silueta de la ciudad, buscando algún edificio singular que le permitiese ubicar su posición, pero fue inútil. El humo impedía hacer estimaciones concretas. Lo que sí pudo apreciar con detalle fue la primera línea de edificios del perímetro sureste de la capital.

—¿Cómo lo ves? —Se interesó el Lejía.

—No puedo determinar dónde está el punto cero. Podría estar en Vallecas o San Fernando de Henares, vete tú a saber. Esa humareda indica que la ciudad ha sido tocada. Creo que aquellos edificios que se ven en primera fila están en Orcasitas, y siguen en pie, por lo tanto Aluche no debe de haber registrado daños. —Juan dudó si aquella explicación habría sido suficiente para calmar el nerviosismo del legionario— ¿Conoces esas muñecas rusas de diferentes tamaños que se guardan unas dentro de otras llamadas *matrioskas*? —Juan miró a Santos y vio como asentía con la cabeza antes de continuar hablando— En una explosión nuclear la zona de mayor daño es, obviamente, el punto cero de impacto que equivaldría a la *matrioska* más pequeña, la que está en el núcleo del conjunto. Ahí todo se volatiliza y no se salva nada ni nadie. Alrededor de esa área, como la siguiente muñeca, se encontraría la zona de radiación. Las personas que se encontrasen en ese lugar y que hubiesen podido sobrevivir a la explosión están condenadas a morir por envenenamiento radioactivo. Y en el siguiente anillo, o la muñeca que le sigue, sería el área de la onda de choque donde se registra la destrucción de edificios y estructuras. Cuanto más próximo al centro mayor es la devastación y disminuye a medida que se aleja. El hecho de que el barrio de Orcasitas siga en pie indica que el anillo de radiación está por detrás de este perímetro.

Aquel resumen metafórico no pareció tranquilizar mucho al legionario. Juan omitió que existía otro anillo más que seguía al último mencionado, el área térmico, donde la temperatura era tan elevada que podía producir desde quemaduras de primer grado a mortales, según la cercanía al epicentro de la explosión. Prefirió no revelar aquel detalle que, a fin de cuentas, podrían comprobar por sí mismos al aproximarse a la capital.

Una vez abierta una de las puertas de acceso a la tienda de deportes, y nada más entrar los tres en su interior, los escasos fluorescentes que aún funcionaban se apagaron de golpe. Los generadores de emergencia se habían agotado. Afortunadamente contaban con linternas y pudieron iniciar la búsqueda del material necesario. Cada uno tenía asignado un listado concreto por lo que sus caminos se separaron. Antonio debía hacerse con mochilas de gran capacidad; Santos, el legionario, tenía que encontrar chubasqueros de mejor calidad para sustituir los que llevaban puestos. Juan, por su parte, no explicó qué era lo que tenía que conseguir y se dirigió al fondo de la tienda.

Sabía que en la sección de caza y pesca encontraría otras cosas que necesitaba pero dudaba que hubiera suficiente número para repartirlo con sus nuevos compañeros. Por el camino se hizo con unos cuantos bates de béisbol, y al llegar casi al final del pasillo central se detuvo frente a una vitrina de cristal. Agarró con fuerza uno de los bates y le asestó un fuerte golpe a la vitrina. Tuvo que repetir la operación varias veces hasta que la reventó. Cuando el estruendo de los cristales al romper y caer al suelo perturbó el silencio reinante, Juan gritó diciendo que todo iba bien. La oscuridad del local permitía ubicar en la distancia a los dos vigilantes por el alumbrado de sus linternas. Tras asegurarse que estos no interrumpieron sus respectivas búsquedas para acudir a ver qué ocurría, alumbró lo que quedaba de vitrina y llenó su bolsa con algunos cuchillos de monte, varios prismáticos, y una cámara de visión nocturna para cazadores. Después se reunió con los dos vigilantes.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó el legionario.

—He tenido que romper un expositor para conseguir unos cuchillos que nos pueden venir bien para abrir latas de conserva y como armas defensivas, además de estos bates. —Respondió Juan al tiempo que sacaba de su bolsa dos cuchillos y ofrecía uno a cada vigilante junto a un bate.

—¿Cómo armas? —Dudo Antonio—. ¿Crees que nos pueden atacar?

Juan iba a contestar cuando se adelantó el legionario: —Las armas como los condones: Mejor tenerlas y no necesitarlas que necesitarlas y no tenerlas.

Se hizo un silencio que duró unos cuantos segundos mientras los tres guardaban el material en las mochilas. Luego abandonaron la tienda de deportes y se dirigieron al supermercado. Al salir de nuevo al exterior, Juan volvió a mirar el cielo sobre Madrid. La nube de humo se había vuelto más oscura y de mayor tamaño mientras que la corona del hongo nuclear continuaba elevándose.

—Démonos prisa —indicó Juan al resto cuando comprobó que los tres se habían detenido a contemplar aquella sobrecogedora imagen.

Entrar en el Carrefour fue aún más sencillo dado que las puertas automáticas se encontraban en el suelo cual alfombras de bienvenida. Sin decir nada, los tres dedujeron que debía haberse producido un tsunami humano que arrojó todo lo que se puso por delante. Juan pensó que tuvo suerte al salir de los primeros. Al acceder percibieron que aún había gente en su interior moviéndose en la oscuridad de los pasillos usando la linterna de sus teléfonos móviles.

Los tres volvieron a dividirse para abastecerse según las instrucciones de Juan. Así, Antonio debía llenar un carro de compra con botellas de agua no superiores a dos litros. Dado que no disponían de vehículos, y al tener que llevar ese peso a sus espaldas, había que descartar las garrafas de gran tamaño. A Santos, el legionario, le tocó llenar un carro con conservas variadas. Daba igual que fuera pescado, carne, verdura o platos precocinados siempre y cuando estuviesen enlatados. Nada de envases de plástico o cristal que pudieran romperse o abrirse accidentalmente mojando y manchando el resto de equipo. Juan agradeció que sus compañeros saliesen a la carrera sin preguntarle qué iba a buscar él.

Al cabo de un rato, tal y como habían acordado, se reunieron en el mismo punto en el que se habían separado. Cuando Juan llegó, Antonio y Santos se afanaban en llenar sus mochilas, y junto a ellos había amontonado un tercio del material que dedujo era para él. Abrió la bolsa que había llenado en el almacén de bricolaje y extrajo una fina manguera de PVC transparente. Con el cuchillo cortó la manguera en varias secciones de aproximadamente un metro y medio. Luego tomó una de las botellas de agua y perforó su tapón hasta dejar un agujero por donde introdujo, a presión y hasta el fondo, parte de una de las mangueras. Repitió la operación hasta tener tres botellas de las que salía el tubo flexible a modo de “enorme pajita”.

—Bueno, ya tenemos unas bolsas de hidratación caseras. —Comentó Juan— Metéis la botella en la mochila y el extremo del tubo en la boca por debajo de la máscara de respiración. Pinzando o haciendo un nudo se corta el caudal. Así, cuando haya que beber, no es necesario quitarse la máscara ni abrir las botellas. También he cogido unas cuantas camisetas negras. Romped un lateral hasta tener un paño de una sola pieza. Nos servirá a modo de *shemagh* para tapar el cuello y así ocultar la máscara. Puede que nos topemos con alguien que, si la ve, quiera quitárnoslas para protegerse. Como decía San Ignacio: «Quien evita la tentación evita el pecado».

—¿Semag? —Preguntó Antonio—. ¿Qué es eso?

—Es como una *Kufiyya*, como uno de esos grandes pañuelos árabes que se emplean en el desierto para evitar que la arena se meta en la cara —Ilustró el legionario a su compañero mientras Juan guardaba en la mochila su parte de comida, agua y la bolsa que ya traía.

Tras cerrar las mochilas, los tres dieron buena cuenta a unas barras de espetec que Santos había cogido tras hacer acopio de conservas. Señaló que sería buena idea comer algo antes de iniciar la marcha y aquello era lo más rápido y fácil de consumir. Antonio pensó algo similar con respecto a la bebida, repartiendo algunas bebidas isotónicas.

Cuando terminaron de almorzar, se colocaron el equipo, la mochila, se taparon la máscara y el cuello con las camisetas hechas trapos, y tras revisarse unos a otros, salieron al exterior. Al llegar a la avenida que en sentido sur llevaba a Leganés y al norte hacia Madrid capital, Antonio y Santos se despidieron sin decir nada, dándose un abrazo que llevaba implícito el deseo de que todo fuese bien y la esperanza de volverse a ver. El joven vigilante desapareció de la vista tras cruzar la calle, no sin peligro de ser atropellado por el incipiente tráfico, y atajando por las isletas repletas de vegetación que rodeaban la rotonda anexa al centro comercial. Juan y el legionario tomaron el sentido contrario en paralelo a la calzada que registraba una circulación más abundante de lo habitual a esas horas, y sin duda motivado por el deseo de muchos madrileños por abandonar la ciudad.

—Lejía, aunque no sea lo tuyo, ¡paso de regulares! —Indicó Juan al apreciar que Santos caminaba a la típica velocidad con la que desfila la legión española, y añadió—. Entre el peso de las mochilas, el calor, y la falta de ventilación de la ropa, pronto comenzaremos a deshidratarnos, y hay que administrar el agua y las energías.

Santos ralentizó la marcha y, al volver la mirada a la espera de ser alcanzado por Juan, se percató que éste dirigía la vista a la copa de los árboles y le preguntó:

—¿Qué es lo que miras?

—Busco alguna indicación de dirección del viento —contestó Juan—. Estadísticamente el viento nos es favorable. En Madrid, casi todo el año, el viento sopla hacia el noreste, o de oeste a este, por lo que la nube radiactiva debería alejarse de nuestra ruta, pero lo mismo hoy le da al viento por cumplir la excepción a la regla y jodernos la vida.

El legionario le miró mientras andaban, y tras unos segundos de duda formuló otra pregunta que había estado aplazando hasta entonces:

—¿Cómo sabes tanto de explosiones nucleares y sobre lo que hay que hacer?—

Juan sabía que en algún momento le iban a preguntar al respecto, pero le había dado tiempo a pensar qué contestar.

—No me gusta hablar del tema, pero te diré que hace años acompañé a un equipo de la Organización Mundial de la Energía Atómica que inspeccionó la central de Fukushima tras el accidente. Adquirí cierta formación al respecto —Mintió Juan esperando que el legionario se tragase aquel plausible embuste, se entretuviera imaginando a qué podía referirse con lo de “acompañar”, y evitarse más preguntas al señalar sus pocas ganas de hablar de ello. Lo que estaba claro es que no debía decirle la verdad.

Ambos permanecieron en silencio mientras caminaban en paralelo a la carretera. Nada más superar la rotonda con la Ronda Norte, comenzaron a oír un sonido que resultó ser música y que parecía provenir de una furgoneta aparcada frente a las instalaciones deportivas del club de fútbol local. Cuando se encontraron más cerca, Juan reconoció la canción de Thin Lizzy, cuyo título, irónicamente, era *The boys are back in town* (Los muchachos regresan a la ciudad).

Capítulo 2

Juan y el legionario tardaron más de hora y media en recorrer los escasos tres kilómetros que separan el centro comercial y las primeras edificaciones del área urbana de Madrid. Santos calculó que habrían tardado la mitad de tiempo de haber caminado a un paso normal pero también influyeron las numerosas paradas técnicas para reponer agua en el sistema de hidratación que habían fabricado. Cada cambio de botella implicaba colocar la mochila bajo el poncho; quitarse los guantes de vinilo con cuidado; realizar el cambio de botella a tuestas dentro de la mochila; y finalmente ponerse otro par de guantes nuevos. El calor asfixiante les llevó a consumir casi la mitad del agua que transportaban, y el sudor corporal empapaba toda la ropa que llevaban bajo el traje NBQ casero.

Durante el trayecto, Juan no dejaba de mirar la seta atómica y como modificaba su forma. El tronco de la explosión, tras succionar una cantidad ingente de lo que parecía ser escombros, fue elevándose hasta desaparecer tras el “sombrero”. Después, éste acabó transformándose en un gran anillo que no hacía más que elevarse y enchancharse hasta convertirse en una gigantesca nube de aspecto menos amenazante de lo que en realidad era. A medida que se aproximaban a Madrid se complicaba su observación al ocultarse tras los edificios y el humo de los innumerables incendios que poco a poco cubrían el cielo de la capital.

Cuando llegaron al perímetro vial urbano que formaba la avenida de la Peseta se encontraron con un atasco de vehículos mayor al que habían visto durante todo el camino. Los semáforos no funcionaban y la anarquía se impuso sobre el código de circulación. Todos los conductores se creían en posesión de la preferencia de paso y algunos, incluso, atajaban invadiendo y circulando por las aceras, obligando a Santos y Juan a avanzar pegados a edificios, árboles, semáforos o cualquier obstáculo que un conductor tuviera que sortear.

—Debemos encontrar un lugar a resguardo —señaló Juan tras mirar su reloj—. No podemos estar más de tres horas con ropa hermética. Tenemos que ventilarnos y hay que hacerlo en algún lugar cerrado como un portal, un garaje, o una tienda.

—¿Una estación de metro? —Preguntó el legionario mientras señalaba con el dedo el parque de Salvador Allende, situado en la acera contraria y a doscientos metros de distancia, donde se encontraba una estación de la línea 11 del suburbano madrileño.

Juan contestó afirmativamente con la cabeza e inició la marcha hacia la estación. Le pareció una idea excelente, no sólo al ser un lugar de libre acceso y lo suficientemente amplio como para no llamar la atención más de lo que ya estaban haciendo con la vestimenta de estilo postapocalíptico que llevaban puesta. También le gustó porque podría suponer un atajo en su camino si avanzaban por los túneles hasta la siguiente estación.

Cuando llegaron al templete de acceso, una estructura acristalada en forma de cubo que protegía de la intemperie las escaleras mecánicas, Juan y Santos entraron precipitadamente, con ganas de refrescarse cuanto antes, y sin pararse a observar que todo permanecía a oscuras salvo el tramo de escalera iluminado por la luz exterior que se colaba por las cristaleras. Se encontraban a media escalinata cuando, desde las sombras del lateral derecho, emergió un guarda de seguridad que se dirigió a ellos con intención de cortarles el paso.

—¡La estación está cerrada!, no hay luz y no funcionan los trenes —indicó el vigilante extendiendo sus brazos en forma de cruz sin conseguir el efecto deseado ya que Juan y Santos ignoraron sus palabras y lo esquivaron cada uno por un extremo—. Oigan, no pueden pasar.

—No venimos a coger el metro —dijo Juan sin pararse a mirar al vigilante soltando la mochila en el suelo—. Nos iremos en unos minutos.

—¿Agus?, ¿eres tú? —Preguntó el legionario dirigiéndose al guardia mientras se quitaba el poncho y le daba la vuelta con cuidado para tapar la parte exterior.

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Santos, del curso de vigilante —contestó el legionario quitándose la máscara y dejando al descubierto el rostro.

—¿Por qué llevas esas pintas?, ¿no me digas que te has creído eso de la bomba nuclear?

Santos miró a Juan y luego giró la cabeza hacia su antiguo compañero de formación.

—No, no es que me lo haya creído, es que lo he visto con mis propios ojos. ¿Acaso tú no lo has visto?

—Yo no he visto nada —contestó el vigilante—. Mi compañero y yo veníamos en un vagón haciendo una ronda desde La Fortuna cuando, a veinte metros para llegar aquí, se paró el convoy. Estuvimos un buen rato esperando a que volviese la energía, tratando de calmar los ánimos, pero llegó un momento en el que ya no pudimos con la gente y tuvimos que evacuarlos caminando por el túnel hasta llegar aquí.

El vigilante les contó que el conductor, la empleada de la estación, y su compañero, fueron, escalonadamente, a buscar algún teléfono fijo para informar de la situación ya que no funcionaba ni el sistema de comunicación interno, ni los teléfonos móviles. Pero no regresó ninguno. De vez en cuando salía al exterior para comprobar si volvía la cobertura del móvil o trataba de preguntar a algún viandante qué era lo que estaba pasando, pero aquellos pocos que se paraban a contestar le contaban historias inverosímiles: Uno le dijo «nosequé» de una llamarada solar, otro que había empezado la III Guerra Mundial, y otros dos que había explotado una bomba atómica, optando por no creer a nadie y esperar el regreso de su compañero.

Agustín, que era el nombre de pila del vigilante, escuchó a Santos relatar lo que había visto y vivido hasta aquel momento.

—Lo siento, pero no puedo creerlo —señaló el vigilante—. No tiene ningún sentido. ¿Cómo va a explotar una bomba nuclear en Madrid?, ¿Quién iba a atacarnos con ese tipo de arma?

—Mira —intervino Juan—. No sabemos exactamente lo que ha ocurrido ni el motivo, pero esa explosión la hemos visto con nuestros propios ojos. No nos lo han contado otra persona; no es una noticia falsa que hayamos escuchado en la radio; ni es una fotografía vista en un periódico que pueda haber sido retocada con *Photoshop*; ni un video realizado con inteligencia artificial que le hayan colado a las cadenas de televisión. Si no hubieses estado bajo tierra cuando ocurrió, lo habrías visto tú también. Aún es visible pero en forma de nube y ya no parece una seta

atómica. Y, sinceramente, creo que el motivo por el que no han regresado ni los empleados del metro ni tu compañero es que, cuando lo han visto con sus ojos, les ha entrado el pánico, han salido huyendo, y se han olvidado de ti.

Tras aquella cruda exposición de los hechos, el vigilante enmudeció manteniéndole la mirada.

—Agustín, nosotros nos vamos a casa, con nuestras familias —indicó Santos mientras comenzaba a abrocharse de nuevo el mono de pintor—. Ya nos enteraremos de lo que ha ocurrido. Ahora, la prioridad es poner a salvo a los nuestros.

—No sé dónde vivirás, pero nosotros vamos hacia el norte —añadió Juan—, y estoy pensando que podríamos atajar si vamos por la vía del metro hasta la siguiente estación. No más allá, puesto que tras la estación de Carabanchel Alto se desvía en sentido...

—¡Ni hablar! —Interrumpió el vigilante en tono alterado—. Bajo mi responsabilidad nadie accede a las vías del metro. Puede volver la luz y seriais arrollados.

—Pero Agus... —trató Santos de intervenir.

—¡Ni Agus, ni leches! —le cortó el vigilante de forma tajante—. Si ya habéis terminado de refrescaros, podéis iros.

En un determinado momento, mientras terminaban de vestirse con los trajes NBQ caseros, Santos buscó a Juan con la mirada cuando el vigilante de Metro no le observaba. Le hizo un gesto con la cabeza señalando el interior de la estación y movió los dedos índice y corazón como si fueran piernas corriendo. Juan captó la idea pero negó discretamente con la cabeza. Segundos después, el legionario hizo otro gesto con la mano, como para coger el bate de *baseball* y de darle con él al vigilante, pero Juan también descartó ese plan. Cuando ya estaban de nuevo ataviados como cuando llegaron a la estación, Juan se dirigió al vigilante:

—Agustín, entiendo tu postura. No la comparto en este caso pero respeto tu decisión de cumplir con la palabra dada y esperar a que vuelva tu compañero. Cuando llegue el momento de salir ahí fuera, si puedes, espera un día o dos hasta que cese la lluvia radiactiva. En teoría, el cuerpo humano puede aguantar hasta tres días sin beber y tres semanas sin comer. Si quieres, podemos dejarte algunas botellas de agua y latas...

—No es necesario —interrumpió el vigilante suavizando la expresión de su rostro—. En el cuarto de limpieza he visto varias cajas de botellitas de agua, pero seguro que mi compañero llegará de un momento a otro.

Juan y Santos no insistieron, y tras despedirse de Agustín, salieron de nuevo al exterior cruzando el parque en sentido oblicuo y en dirección norte. Durante el recorrido a través del parque, Santos no dejaba de darle vueltas a la actitud de su antiguo compañero en el curso de formación para vigilante de seguridad.

—¿Te lo puedes creer? —Preguntó Lejía—. El muy gilipollas se va a quedar ahí esperando.

—Es comprensible. Ponte en su lugar. Si no lo hubieras visto con tus ojos y te lo contasen, seguro que no te lo creerías. Es como lo del teniente Onoda. ¿Te suena? —Juan espero unos segundos

y cuando vio que Santos negaba con la cabeza, continuó—. Pero seguro que has oído hablar de los soldados japoneses perdidos en islas del Pacífico que siguieron combatiendo porque no sabían, o se negaban a creer, que la II Guerra Mundial había terminado y que el imperio nipón había sido derrotado. Se lanzaron desde el aire octavillas informando al respecto, pero algunos consideraron que eran tretas del enemigo para hacerles salir y capturarlos. Incluso hubo partidas de búsqueda y algunas terminaron a tiros con muertos tanto de los soldados japoneses como de miembros de los equipos de rescate. El teniente Onoda fue uno de los últimos documentados. Siguió combatiendo con tácticas de guerrilla esperando el regreso de tropas japonesas en la jungla de Filipinas casi treinta años después de terminar la guerra. Nunca creyó las noticias del fin de la contienda, y menos que Japón había sido vencido. Cuando finalmente fue localizado, tuvo que ir un antiguo mando de su ejército para convencerle de la realidad. Más o menos lo que les pasó a los nuestros en el sitio de Baler, más conocidos por ser «Los últimos de Filipinas», que estuvieron sitiados y negándose a creer que España había perdido la guerra durante casi un año.

—Sí, de esos vi la película y ya había escuchado la historia.

—Por cierto, ¿de veras querías darle a tu amigo con el bate de *baseball*?

—No es tan amigo —soltó el Lejía con tono socarrón—. Además, rechazaste el plan de salir corriendo hacia el túnel.

—Sun Tzu decía que hay que saber elegir las batallas, y meterse a oscuras y corriendo en un lugar desconocido, con el riesgo de partírnos la crisma al chocar con los torniquetes de entrada; o rompernos una pierna al bajar por las escaleras o al saltar del andén a las vías, no me parece una batalla que luchar cuando tendríamos que salir de nuevo a la calle al llegar a la siguiente estación —argumentó Juan—. Vale que habríamos podido acortar el camino y recorrerlo más frescos sin la protección NBQ, pero no compensa el riesgo de lesionarnos.

—Visto así —dijo Santos, sin añadir nada más de forma inmediata ya que comenzó a preguntarse cuál podía ser el motivo por el que Juan conocía tantas anécdotas militares, e incluso citaba al general chino autor de *El arte de la guerra*, y lo único que se le ocurría, erróneamente, es que debía ser, o haber sido, oficial del ejército, y que todas esas “batallitas” las aprendiera en la academia. Le dieron ganas de preguntárselo directamente, pero aquellos pensamientos desaparecieron de un plumazo cuando se percató del tono amarillento que estaba adquiriendo el cielo, como cuando comienza a darse un episodio de calima.

—¡Ostia!, ¿Te has fijado en el color del cielo?

—Sí. Será por el humo de los incendios —dedujo Juan.

Durante un buen rato, ambos permanecieron en silencio mientras avanzaban por calles secundarias del sur de Madrid. Las escasas personas con las que se cruzaron parecían ser grupos familiares que repetían la misma acción: Salían a la carrera desde un portal y se metían en coches que instantes después arrancaban y desaparecían. De vez en cuando veían a alguien asomado a una ventana o en una terraza acristalada con cara de desesperación, miedo, o incredulidad. Los pocos vehículos que circulaban por aquellas calles lo hacían a toda velocidad, denotando la ansiedad de sus conductores por huir de la ciudad. Media hora después de salir de la estación

de metro, Juan y el legionario llegaron a la avenida de los Poblados, un cordón vial que conecta con las autovías del suroeste de Madrid hacia Extremadura, Toledo y Andalucía. Allí el tráfico era muy denso y no ayudaba que ningún semáforo funcionase.

—Bueno, Santos. Yo voy hacia allí —mintió Juan señalando hacia el este, ya que no quería que nadie, ni siquiera el legionario, supiese donde estaba la casa de su madre—. A ti te queda aún un par de kilómetros, pero en media hora o menos estás en Aluche. ¿Te queda suficiente agua para llegar a tu casa?

—Sí —contestó Santos sin pararse a calcularlo—. No te preocupes.

—Espero que los tuyos estén bien. Y ya sabes, quedaros en casa sin salir hasta pasado mañana, y luego iros lo más lejos posible.

—Gracias por todo —respondió Santos tras unos segundos en los que dudó qué decir—. Me alegro de haberme topado contigo.

Tras la despedida, el legionario prosiguió el camino en dirección al barrio de Aluche, y Juan lo hizo en sentido contrario durante unos cuantos metros hasta que, tras echar la vista atrás varias veces y ver que Santos se encontraba ya bastante alejado, cambió su trayectoria y cruzó la avenida con cuidado de no ser atropellado. Minutos después se encontraba cruzando la colonia del parque Eugenia de Montijo, una urbanización repleta de edificios de distintas alturas comunicadas por sendas peatonales.

A falta de unos cincuenta metros para llegar a la casa de su madre, Juan pasó por delante de la farmacia Gutiérrez. Su propietario era un gilipollas altivo que parecía molestarle tener el local en aquel barrio en lugar de en otro más pudiente, razón por la que la madre de Juan y él dejaron de ir allí cuando tenían que comprar algún medicamento. Le llamó la atención que la puerta estuviese abierta, ya que todos los comercios que había visto en su camino estaban cerrados. Pero lo que le alertó fue la cantidad de envases repartidos por el suelo indicando un posible altercado o saqueo del comercio. Juan se detuvo frente a la puerta; chequeó el interior; y, ante la aparente ausencia de algún alma, entró en el establecimiento. Al llegar a la altura del mostrador apreció que, al otro lado, en el suelo, se hallaba tirado el cuerpo de una persona que vestía una bata blanca. Con cautela, Juan accedió al área reservada para el personal; se acercó al cuerpo, que resultó ser el de una empleada a la que habían agredido brutalmente a tenor de la herida que presentaba en la cabeza y el charco de sangre que se situaba bajo ella. Sin dejar de mirar a todos los lados, Juan se agachó para examinar si aún permanecía con vida, pero al acercarse y ver la herida con más detalle fue evidente que no había nada que hacer. Manteniendo el mayor sigilo, sacó el bate de *baseball* de la mochila, e inspeccionó la sala interior en busca del posible atacante. No tardó mucho en chequear el local ya que dentro sólo había una gran habitación que hacía las veces de almacén y sala de descanso, así como un pequeño cuarto de baño. Cuando volvió al mostrador, Juan examinó de nuevo a la dependienta, esta vez con más detenimiento para asegurarse de su estado. Verificó que, efectivamente, estaba muerta, y se percató que el cajón de la caja registradora estaba abierto y, salvo por las monedas de céntimos, vacío.

Consideró que podía aprovechar la situación para hacer acopio de algunos medicamentos, por lo que comenzó a abrir e inspeccionar el contenido de los numerosos cajones de corredera que plagaban la pared tras el mostrador. Al hacerlo, se dio cuenta que estos estaban llenos y ordenados, deduciendo que quien fuese el que había asaltado el negocio y agredido a la empleada lo había hecho por el dinero, no en búsqueda de fármacos.

Juan buscó, en primer lugar, los medicamentos que tomaba su madre. Sabía que podía pasar bastante tiempo hasta que el suministro para pacientes crónicos volviese a funcionar correctamente, y no era descartable que se produjera escasez, especulación en sus precios, o ambos. También era factible una pérdida de historiales médicos de pacientes dado que en la actualidad todo estaba digitalizado y los servidores de la base de datos de la sanidad madrileña podrían encontrasen dentro del área de devastación de la bomba. Cómo conocía de memoria qué fármacos tomaba, ya que se ocupaba de adquirirlos y colocárselos en enormes pastilleros semanales, no le llevó mucho tiempo encontrarlos tras rápidas ojeadas a cada cajón. No se anduvo con miramientos: Cuando encontraba uno se hacía con todas los envases que había. Al terminar con lo de su madre, volvió a abrir algunos de los cajones que había inspeccionado previamente, sacando todos los complementos para embarazadas que encontró y algunas cajas de colirio para ojos en formato monodosis. Guardó todo en su mochila. Durante unos instantes dudó si coger gasas, vendas, antisépticos y lo más elemental, pero al final desistió ya que disponía de botiquines bien abastecidos de ese material tanto en su casa, como en la de su madre, y pensó que otros futuros visitantes podrían necesitarlo.

Se encontraba colocándose la mochila sobre la espalda y disponiéndose a salir de la botica cuando distinguió una silueta que bloqueaba la puerta de la calle y se aproximaba lentamente hacia él. La poca luz que entraba por el escaparate le impedía distinguir las facciones de aquel individuo hasta que le alumbró con la linterna. Juan tardó unos segundos en descubrir que se trataba de un hombre joven, de entre veinte y treinta años. La ropa que llevaba descartaba, a priori, que se tratase de un toxicómano que viese aquella situación como si se tratase del día de los Reyes Magos, pero lo que le puso en alerta fue el arma que portaba en la mano y que le apuntaba.

—¿Estás solo? —preguntó el sujeto.

—No. También está la dependienta —contestó Juan mientras calculaba si alcanzaría a coger con suficiente velocidad el bate de *baseball* que había dejado a sus pies mientras se colocaba la mochila.

—Dila que salga.

—Pues como no tengas una *ouija* a mano me va a ser algo complicado —le indicó Juan mientras le tomaba las medidas a aquel sujeto.

—¿La has matado tú?

—Ya estaba fría cuando llegué. No sé qué es lo que buscas aquí, pero yo ya me iba, por lo que si te echas a un lado, salgo, y te dejo tranquilo para que hagas lo que hayas venido a hacer.

El individuo debió de considerar aquella propuesta durante unos instantes pero finalmente tomó otra decisión:

—Seguro que tú ya has cogido lo más importante, así que, deja la mochila encima del mostrador y tumbate con la cara hacia el suelo —contestó éste al tiempo que se aproximaba al lateral izquierdo del mostrador, miraba por encima, y observaba el cadáver de la dependienta.

—¿Y si no? —tanteó Juan.

—Pues que te meto un tiro en toda la jeta —respondió el otro moviendo la pistola con giros laterales de muñeca para hacer ostentación de su arma.

Juan aprovechó aquel esperado gesto para apuntar con su linterna al arma. Pudo reconocerla, pero antes de poderse fijar en los detalles, como hubiera sido el cañón y el lateral derecho, el individuo la apartó del foco de luz.

—He dicho que dejes la mochila en el mostrador y te tumbes en el suelo. No te lo voy a repetir más veces.

Tenía que decidir si claudicar, en cuyo caso, seguramente, no se conformaría con la mochila y querría también su máscara de protección y exponerse a un final incierto o bien podría tirar de sangre fría. El arma podía ser real, y de dispararle su vida acabaría allí mismo; podría ser de balines, en cuyo caso le heriría pero no mortalmente; también podría ser un arma de bolas de plástico, algo que no implicaba riesgo alguno al llevar el rostro cubierto por la máscara; o en última instancia ser simplemente un inofensivo juguete realizado con todo lujo de detalle. Tras analizar todos los escenarios, Juan optó por jugársela y descolocar a quien le amenazaba.

—¡Qué pistola más bonita! —Soltó Juan tratando de enfocar de nuevo el arma con la luz de su linterna—. Una *Desert Eagle* de las Industrias Militares Israelíes. No es un arma muy común, aunque sí famosa porque sale en muchas películas. A los de Hollywood les encanta este tipo de armas extravagantes y enormes.

La estrategia surtió el efecto deseado ya que individuo no sabía cómo actuar ni qué decir. No alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo.

—¿De qué calibre es?, ¿Magnum 44?, ¿357? —Prosiguió Juan con su teatro mientras examinaba el cañón, y sin dar tiempo a contestar, añadió— ¿No es tuya, verdad? Se nota que no conoces bien esta joyita por la forma que tienes de cogerla. El tío que la diseñó debe tener un complejo de pene minúsculo porque a nadie se le ocurriría hacer una pistola automática con semejante calibre. Ese trasto sólo podría dispararlo con una sola mano uno que tenga los brazos como los de Schwarzenegger. E incluso un tío como tú, cogiéndola con las dos manos, acabaría en el suelo por el retroceso que se gasta.

Cuando el individuo escuchó esto, corrigió su postura y apuntó a Juan a la cara asiendo el arma con ambas manos. No imaginaba que aquello era precisamente lo que su víctima esperaba que hiciese, ya que en esa posición, el lateral derecho de la corredera se hizo visible, y le permitió a Juan confirmar sus sospechas: Carecía de ventana de expulsión, por tanto, no era un arma de fuego. Si no era de juguete podría ser de balines. En ese caso, ahora que le apuntaban a la cara

a menos de tres metros de distancia, podría herirle o, en el peor de los casos, perder un ojo, pero no matarle.

—Te he dicho que pongas la mochila...

—Ya, ya, ya. Mochila en mostrador; tumbarse en el suelo; no te lo voy a repetirlo, etcétera, etcétera, aunque al final lo has repetido —interrumpió Juan, que había pasado de hablar como un fanático de la Guerra de las Galaxias al encontrarse algún objeto de colección de los años 70, para ahora hacerlo como si estuviese poseído por «Harry el sucio»—. Yo sí que no te lo voy a repetir dos veces. Quiero que dejes esa “pistolita” sobre el mostrador y te vayas a la mierda, que allí están en fiestas.

El sujeto no sabía que hacer o decir. Había temido que descubriese su farol y ahora el miedo lo había bloqueado.

—Voy a contar hasta tres, y si cuando termine sigues aquí, voy a coger esta preciosidad de 24 pulgadas —indicó Juan mientras con toda calma, y sin apartar la mirada de él, cogía del suelo el bate de *baseball* y lo mostraba con giros laterales de muñeca, imitando la acción que había hecho su interlocutor con la pistola—, y te lo meteré, todo él, hasta el mango, por el culo.

El individuo pareció vacilar hasta que Juan comenzó la cuenta. Cuando llegó a dos, sin dejar la pistola sobre el mostrador, se arrancó a correr en dirección a la puerta de la calle. Juan tardó unos minutos más antes de salir de la farmacia. Tenía que recuperar el pulso normal ya que, pese al alarde realizado, no tenía todas consigo de que aquella bravuconada le saliese bien. Al salir al exterior, chequeó la acera y reemprendió el camino. Cuando llegó al parque que daba acceso a la torre donde se encontraba el piso de su madre, vio que las ventanas estaban cerradas y las cortinas bajadas, lo que era buena señal. Al llegar al portal de la finca ya tenía las llaves en la mano y no tardó en abrir, entrar, y subir las escaleras. Pese a la ausencia de luz, tal y como evidenciaba la activación de la lámparas de emergencia en la escalera, alguien tenía puesta música a un volumen que, si bien no era excesivamente alto, permitía escucharse a su paso por el descansillo de la primera planta. Juan supuso que debía de tratarse de algún aparato a pilas y que reproducía la que creyó identificar como la melancólica *Reflections of my life* de The Marmalade.

Una vez frente a la puerta de entrada al domicilio, tuvo que serenarse para quitarse la protección NBQ casera con cuidado de no cometer ningún error. Dio la vuelta al poncho y sobre él fue colocando el resto de vestimenta que pudiera estar contaminada: el mono de pintor, la camiseta echa trapos, la cinta que envolvía las botas, guantes, todo. Después hizo un paquete con el contenido y lo metió en una de las bolsas que sacó de su mochila. Usó otras bolsas más para guardar cada bota y, finalmente, tras tomar aire y soltarlo lentamente, abrió la puerta del domicilio materno.

—¿Madre? —Gritó Juan nada más atravesar la puerta—, ¿Dónde estás?

—¡En el salón!

Capítulo 3

Juan recorrió el largo pasillo, que se constituía en columna vertebral de la distribución del piso, hasta llegar al salón. La escasa iluminación, casi nula, no le supuso ningún problema. Podría haber recorrido ese trayecto con los ojos cerrados ya que conocía cada palmo de la casa donde había nacido y vivido durante décadas. Al llegar a la que era la estancia más amplia, encontró a su madre incorporándose en el sofá, pasando de estar tumbada a sentada.

—Hola hijo. No te esperaba. ¿Has venido a comer? —Preguntó la mujer con cierto tono de preocupación— Hace unas horas se ha ido la luz y el gas y creo que aún no han vuelto. Me he echado a descansar un poco y me quedado traspuesta. No sé ni qué hora es pero si tienes hambre puedo preparar algo.

Juan trataba de asimilar la información pero quedó aturdido por la pregunta sobre la comida y lo primero que le vino a la mente fue una reflexión sobre algo que debía ser inherente a la condición materna: *Si durante el fin del mundo, bien por un apocalipsis bíblico o por la aproximación de un meteorito gigante, nos encontrásemos fortuitamente con nuestra madre, ella antepondría cualquier duda sobre lo que ocurre para preguntarnos si hemos comido mientras, mentalmente, planea cómo preparar una sopa aun estando en medio del desierto.*

Tras recuperar la concentración y comprobar que su madre se encontraba bien, Juan recorrió la casa para revisar que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Afortunadamente, cuando su madre comenzó a sentir el intenso calor de la onda térmica, hizo lo mismo de siempre cuando las temperaturas convierten Madrid en un consulado del infierno: Cerrar las ventanas; bajar las persianas; y correr las cortinas, ya que, según ella, la oscuridad mantiene la casa fresca. Juan creía que aquel truco casero tenía una motivación más enfocada en minimizar el coste de la factura eléctrica que en reducir la temperatura ambiente, y al que sumaba otras acciones como mojarse los pies en un barreño y usar toallas humedecidas en agua antes que encender un ventilador o el aparato de aire acondicionado. Cuando hubo chequeado toda la casa, se dirigió a su antigua habitación, que prácticamente estaba igual que antes de irse a vivir con Carmen, su pareja. Bajo la cama guardaba algunas cajas de almacenaje de plástico, y de una de ellas tomó varios rollos de cinta americana y una caja de un producto comercial en la que aparecía la fotografía de unos peces. La idea era sellar con cinta las juntas de puertas y ventanas para evitar que entrase aire contaminado, pero el doble acristalamiento de la casa le llevó a pensar que era suficiente para aislar el domicilio. No obstante, aplicó trozos de cinta en los picaportes interiores como recordatorio de que no debían abrirse.

—¿Qué haces? —Preguntó su madre cuando Juan sellaba la puerta de la terraza del salón.

—Luego te lo explicó —le contestó para ganar algo de tiempo y pensar qué y cómo le contaba lo que estaba ocurriendo de manera que la noticia no le provocase un infarto.

Cuando terminó de sellar casi todas las puertas y ventanas, se dirigió al cuarto de baño; abrió la caja de un producto para acuarios; y extrajo uno de los sacos que enmarcó con cinta americana, pegándolo en el conductor de ventilación. Luego se dirigió a la cocina e hizo lo mismo en los huecos de ventilación que comunicaban con la terraza.

—¿Por qué estas tapando los conductos? —Preguntó la madre que, extrañada por el comportamiento de su hijo, había optado por levantarse y ver qué estaba haciendo—. Esas rendijas tienen que estar libres por si hay fugas de gas.

—No las estoy tapando. Pongo unos filtros de carbón activo —le contestó viendo cómo su madre cogía la caja con la fotografía de los peces y la miraba con curiosidad dado que ellos no tenían pecera—. Son filtros para acuarios pero valen para otras cosas. El carbón activo se usa en máscaras antigás, filtros de aparatos de ventilación, para depurar agua, o incluso se administra en casos de sobredosis e intoxicación por su alta capacidad de absorción.

—¿Y para qué lo pones?

—Ahora te lo cuento. Vete al salón que termino esto y te explico.

Una vez que su madre abandonó la cocina, Juan fue a la entrada de la casa y volvió a ponerse el traje NBQ casero, pero esta vez se calzó los pies con unas bolsas de plástico que selló a los tobillos con cinta en lugar de ponerse las botas. Luego se dirigió a la terraza de la cocina; abrió una ventana; e introdujo un saco de carbón activo en los orificios de salida de los tubos del extractor de humo y de la caldera de gas. Con aquella operación pretendía filtrar el aire que pudiese entrar en el domicilio. Después, precintó la puerta de la terraza de la cocina; se desvistió en la entrada; y se dirigió al salón donde le esperaba su madre, que se encontraba tratando de encender la televisión con el mando a distancia.

Antes de darle las requeridas explicaciones, Juan le pidió a su madre que le contase cómo se había desarrollado su mañana. Por lo visto, la madre ignoraba cuál era el origen de la falta de suministros básicos. La noche anterior había dormido poco y el incidente le pilló en un descanso que derivó en un “sueñecito” lo suficientemente intenso para no percibir ni el resplandor, ni el temblor sísmico de la explosión. Cuando despertó, advirtió que la luz se había ido ya que la televisión estaba apagada. Tampoco había gas cuando quiso comenzar a prepararse la comida, por lo que optó por hacer un emparedado de caballa de lata con rodajas de tomate y acompañado con una pieza de fruta. Después se tumbó para descansar un rato, no sin antes cerrar todo por el intenso calor. Al encontrarse casi a oscuras y sin medios de distracción como la televisión, no tardó en volver a quedarse dormida hasta que llegó su hijo.

—¿Me vas a contar de una vez qué está pasando? —Preguntó la madre con tono exacerbado.

—Se ha producido una gran explosión en Madrid o en sus proximidades —comenzó Juan a explicar midiendo sus palabras y tratando de evitar determinados vocablos—. Una explosión muy grande. Tan grande que por eso no hay luz, gas, agua, telefonía fija, móvil e internet. Y seguramente se mantenga así durante mucho tiempo.

—¿Y por qué has sellado herméticamente toda la casa?

—El tipo de explosión puede haber contaminado el aire y ha generado incendios en la capital. Ahora mismo se está quemando mucho plástico y materiales tóxicos. No quiero imaginar la cantidad de amianto que debe estar flotando por el aire de los muchos tejados de uralita que aún quedan por ahí. El humo elevará muchas partículas peligrosas que acabarán cayendo y desperdigándose a gran distancia. Por lo que es muy importante que no abras las ventanas.

—¿Y cuánto tiempo puede durar esto?

—No lo sé, madre. Pero hazte a la idea que en unos días tendremos que irnos de aquí. Por tanto, ve preparando ya una maleta con lo más elemental: Ropa, medicamentos, documentos, dinero, joyas y aquello que sea muy importante. Nada más. Lo que entre en una maleta ya que va a ser complicado moverse. No sé si iremos a Toledo o a Cuenca —señaló Juan en referencia a las localidades donde disponían de una casa de pueblo—, pero no podemos quedarnos aquí.

—¿Y Carmen está en casa? —Preguntó la madre interesándose por su nuera.

—Hoy trabajaba en la oficina. No sé si sigue allí; si está en casa; si está de camino; o si le ha pasado algo. Sin corriente eléctrica no funcionan ni el metro ni los trenes. La gente está huyendo de la ciudad y muchos conducen como locos. Ojala que todo esto le haya pillado en el trabajo y que opte por quedarse dentro del edificio hasta pasados un par de días, sería lo más seguro. Dependiendo de cuantos estén allí y cómo lo racionen, se puede sobrevivir unos días a base de refrescos y barritas energéticas si revientan las máquinas expendedoras del comedor de empleados. En cuanto te deje todo esto un poco organizado iré a casa por si hubiese regresado, o por si mi cuñada sabe algo de ella.

—Vete ya si quieres. Puedo organizarme yo sola.

—No —objetó Juan—. Antes quiero subir del trastero algunas garrafas de agua, pilas y más latas de la despensa. Han pasado más de cuatro horas sin corriente eléctrica por lo que todo lo que está en el frigorífico es para tirar. Lo que hay en el congelador puede durar uno o dos días, dependiendo de lo lleno que esté, pero da igual puesto que no hay gas para cocinarlo. Aunque puedes emplear las bolsas de congelados para refrescarte del calor, bien frotándolas por el cuerpo, o para enfriar un barreño con agua metiendo los pies en él.

Juan se calzó unas zapatillas deportivas que conservaba en su habitación antes de bajar al trastero. Mientras, recordó que el aparato de radio de la cocina, además de conectarse a la corriente, podía funcionar con pilas, y como era analógica captaría más emisoras que cualquier otra radio digital. Nada más terminar de calzarse fue a por la radio; le quitó el cable de corriente; y abrió la tapa trasera. Las pilas que requería eran cuatro de tamaño medio, del tipo R14, y no disponía de ellas en casa, pero sí tenía varios paquetes de tipo AA, así que con un trozo de papel, comenzó a enrollar dos pares de pilas pequeñas hasta que los envoltorios adquirieron el grosor necesario. Aquel truco permitiría que la radio funcionase aunque se agotaría antes. Nada más encender el aparato, giró la rueda del dial de emisoras de frecuencia modulada hasta llegar al final sin captar ninguna emisora. Después lo giró en sentido inverso y más despacio, por si se había saltado alguna. Cuando creía que no encontraría ninguna señal, captó una emisora que reproducía música de rock clásico. No podía creer que, con la que está cayendo, pusieran música en lugar de noticias o comentarios. Esperó a que terminase el tema que sonaba, por si el pinchadiscos hablase entre canción y canción, pero no fue así. Juan siguió buscando en la banda de frecuencia modulada sin encontrar más emisoras, por lo que, tras accionar el selector, comenzó a buscar emisoras que retrasmitiesen en Amplitud Modulada, pero tampoco parecía que fuese a tener suerte aun extendiendo la antena retráctil y orientándola hacia todos los puntos cardinales. Cuando estaba a punto de rendirse, logró oír la voz de un presentador, pero la señal era débil y se perdió.

—¡Madre, ahora vuelvo! —indicó Juan a voces mientras se dirigía hacia la entrada de la casa; se ponía una de las muchas mascarillas FFP2 que tenían desde la pandemia de la COVID-19; cogía las llaves; y salía al rellano.

Juan subió más allá del último piso, donde finalizaba la escalera lindando con la puerta de acceso al tejado. Allí, volvió a encender la radio y orientó la antena hacia todas direcciones buscando una mejor recepción por altura. Segundos después captó la misma voz de antes, con mejor calidad, pero entrecortándose:

[...] pero [...] confirmado [...] delegado del Gobierno en Castilla-La Mancha, es que, a mediodía de hoy, se ha producido una explosión nuclear en Madrid que ha podido [...] a gran [...] de [...] localidades [...]

De repente se hizo un silencio. Juan trató de recuperar la señal durante algunos minutos pero, finalmente, desistió y comenzó a bajar las escaleras en dirección a los trasteros del sótano. Al llegar, encontró la puerta completamente abierta, atrancada con una cuña de madera. Alguien, intencionadamente, había ignorado el letrero que recordaba a los vecinos la necesidad de mantenerla siempre cerrada para evitar que pudieran colarse y robar, como ya había sucedido en otros edificios de la zona. Debido a la ausencia de electricidad no funcionaban los sensores que activaban automáticamente las luces de los pasillos, y en consecuencia todo estaba a oscuras e ignoraba si había alguien en el interior.

Juan sacó una pequeña linterna de su bolsillo pero no llegó a encenderla. Se agachó para dejar el aparato de radio en el suelo, junto a la esquina interior de la puerta, y después, aún sin levantarse, buscó algo que había guardado bajo el calcetín de su tobillo derecho antes de salir de casa. Se trataba de una pequeña navaja de aspecto moderno, toda ella de metal pintado en negro. Juan extendió la hoja de diez centímetros y, tras ponerse en pie adoptando una postura defensiva, avanzó sigilosamente pegado a la pared y con todos los sentidos alerta. Cuando llegó a la esquina donde el pasillo se bifurcaba en forma de «T», oteó ambos lados del segundo corredor observando una leve iluminación que se filtraba por una puerta de trastero casi cerrada. Se acercó sin hacer ruido, tomándose un tiempo en dar cada paso, y mirando de vez en cuando a su espalda por si era una trampa y la luz un reclamo. Cuando llegó al marco de la puerta, asomó varias veces la cabeza. Primero fugazmente, y después con detenimiento. Al principio le costó identificar quien era el individuo que rebuscaba en el interior de unas cajas de cartón apilando otras a su alrededor. Acabó reconociéndolo. Era Don Andrés Sanz de la Cruz, el vecino del primero izquierdo. Un médico militar jubilado, de los primeros en vivir en el edificio nada más construirse. Por alguna razón ambos siempre se habían caído bien pese a la diferencia generacional y a que sus conversaciones no excedían del intercambio de saludos al cruzarse por la escalera. En una ocasión, cuando Juan era un chaval, supo que Don Andrés había intervenido en su favor evitando que un vecino llamase a la policía para quejarse de la música alta por una fiesta que se fue de las manos.

Don Andrés había dejado una potente linterna sobre una de las baldas de la estantería que tenía a su espalda e iluminaba el área de búsqueda. Juan vio que en el suelo, a los pies de su vecino, había varios paquetes de vendas, cajas de esparadrapo y botes de Betadine. Pero lo que le llamó la atención fue lo que había sobre una mesita de café a la que le faltaba una pata: Junto a un llavero reposaban una vieja pistola y su cargador. Reconoció inmediatamente el arma como una

Astra 400, usada por ambos bandos durante la guerra civil española y conocida popularmente como la «Puro» por su peculiar diseño. Dado que no quería recibir un balazo accidental, Juan volvió sobre sus pasos hasta la entrada a los trasteros; cerró y guardó la navaja en un bolsillo del pantalón; recogió el aparato de radio que había dejado junto a la puerta; y tras encender la linterna volvió a internarse en el sótano como si no hubiese estado allí antes. No fue hasta llegar a la bifurcación de los pasillos cuando se hizo notar.

—¿Hola?, ¿hay alguien por aquí?

Repitió las mismas preguntas a medida que se acercaba al trastero de Don Andrés. Cuando llegó a la puerta y se asomó, fue cegado por la luz que proyectaba la linterna de su vecino.

—¿Quién eres? —Preguntó el militar jubilado al no poder identificar a Juan por llevar puesta la mascarilla FFP2—, ¿Vives aquí?

—Soy Juan, del tercero —respondió éste al tiempo que se bajaba la mascarilla para mostrar su rostro—, ¿Le importaría enfocar a otro lado?

Cuando la linterna cambió de orientación, Juan se fijó que su vecino no tenía la pistola en la mano, el arma seguía sobre la mesita. Lo que ya no se veía era el material médico que había sido tapado con una manta.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó Juan mirando a la cara a su interlocutor—, ¿Puedo ayudarle en algo?

—No hijo, muchas gracias. He bajado a buscar unas pilas de repuesto para la linterna y ya las he encontrado —respondió el vecino mientras sacaba un par de pilas del bolsillo de su chaqueta—. Recojo esto un poco y me subo a casa, que seguramente venga alguno de mis hermanos a recogerme.

—De acuerdo Don Andrés —contestó Juan fingiendo haber creído el embuste que le había soltado y sorprendido porque no le preguntase sobre lo que estaba pasando—. Yo voy a nuestro trastero, pero si necesita cualquier cosa...

Juan se dirigió al otro extremo del pasillo mientras analizaba lo que acababa de ocurrir y preguntándose por qué Don Andrés daría prioridad a ocultar el material médico en lugar de la pistola. Una vez en el interior del trastero, se olvidó de ello y se centró en localizar todas las latas de conservas que almacenaban allí; varias docenas de velas; pilas de diferentes tamaños; y un pequeño cargador solar de emergencia. Lo metió todo en una antigua mochila de acampada que guardaba allí y que se echó a la espalda para poder llevar en las manos cuatro garrafas de agua de cinco litros.

Cuando terminó y salió al pasillo, se percató que ya no se filtraba la luz por debajo de la puerta del trastero de Don Andrés, así como que la puerta de acceso al sótano volvía a estar cerrada sin rastro alguno de la cuña que la atrancaba, deduciendo que Don Andrés se había ido.

Juan regresó al domicilio de su madre y distribuyó los víveres y material para que estuviese visible y a mano en la cocina. Luego se acercó al salón, donde descansaba su madre, y le explicó cuáles eran sus planes: Se acercaría al piso que compartía con su pareja para saber si había rastro

de Carmen, o si su cuñada, que vivía en el mismo edificio, tenía alguna noticia de ella. Con lo que fuese, el plan era agruparse y, en dos días salir de Madrid, bien todos juntos, incluyendo a sus cuñados y sobrinas, o bien sacando a su madre y luego regresar para esperar o buscar a Carmen.

—A lo mejor, en un par de días se arreglan las cosas y no es necesario salir de Madrid —señaló la madre con un tono más de pregunta que de deseo—. Tú ve tranquilo a buscar a Carmen que yo puedo apañarme bien.

—Ojala —mintió Juan para evitar ocasionar a su madre un estado de ansiedad que pudiera alterarla—. En cualquier caso, recuerda lo que te he dicho: Prepara una bolsa con lo más imprescindible; las entradas seguras de aire son las del baño y cocina, por lo que no abras las puertas o ventanas; usa las linternas, las velas encendidas reducen la cantidad de oxígeno; raciona el agua pero no dejes de beber, es importante que te hidrates; para lavarte las manos usa gel hidroalcohólico; y no habrás la puerta a nadie, aunque lo conozcas o diga que viene en mi nombre. En situaciones como esta hay gente que es capaz de asaltar casas, sin importarles de quien sean, con tal de conseguir comida, agua o lo que busquen. Si yo enviase a alguien te tiene que decir una frase clave que será...

—¿La primera del *Quijote*? —Preguntó la madre— «En un lugar de la Mancha [...]»

—Perfecto, la primera del *Quijote*.

Juan comenzó a prepararse para ir al piso que compartía con su pareja. Reorganizó la mochila que había traído desde Leganés añadiendo algunas cosas que tenía guardadas en las cajas que almacenaba bajo la cama. Cuando ya estaba todo listo, echó un último vistazo a su habitación y fijó su mirada en el telescopio terrestre que Carmen le regaló cuando comenzaron a salir. En aquella época, a Juan le dio por la astronomía, y durante algún tiempo lo usaba para fotografiar la luna usando un adaptador de fabricación casera al que acoplaba una cámara digital. Aquel telescopio le dio una idea: Antes de volver a salir a la calle convendría saber algo más sobre cómo evolucionaban las nubes tóxicas, el humo de los incendios, la dirección del viento, etcétera. Aunque su edificio sólo tenía seis plantas, la torre vecina era la más alta de todo el complejo, con doce pisos de altura, y podía acceder a él, sin tener que salir a la calle, a través del sótano de trasteros que ambos compartían. Además, las ventanas de la escalera estaban orientadas hacia el oeste. El único problema era que las llaves de acceso desde el sótano debían ser distintas en cada bloque, pero estando en el interior podía desmontar el cerrojo si llevaba destornilladores. Unos minutos después, Juan volvía al sótano, esta vez con la bolsa de transporte del telescopio terrestre a la espalda y la radio. Recorrió los pasillos de los trasteros hasta llegar a la puerta de acceso de la torre anexa. Cuando se disponía a sacar un juego de destornilladores variados que llevaba en el bolsillo exterior de la bolsa, dudo. En su lugar sacó la llave de acceso al sótano de su edificio y probó a introducirla en la cerradura.

—¡La madre que parió! —Soltó al comprobar que su llave también servía para aquella puerta.

Juan tardó un rato en subir hasta el decimosegundo piso. Llevaba todo el día sin parar y el cansancio físico comenzaba a hacer mella. Cuando llegó al descansillo de la última planta pudo comprobar que, afortunadamente, la ventana se encontraba cerrada y el enrejado decorativo exterior era lo suficientemente amplio como para poder apreciar las vistas de Madrid que desde

allí se tenía. Aunque doce plantas no eran muchas, Carabanchel Alto se encuentra a una mayor altura sobre el nivel del mar que en el centro de la capital, lo que, en condiciones normales, permite tener una panorámica aceptable de los tejados de gran parte de la ciudad. En cualquier caso, el escenario que encontró no era el más propicio para hacerse una idea de la situación: El cielo presentaba un color anaranjado y una bruma oscura impedía ver más allá de unos pocos kilómetros. Tan sólo una línea horizontal de luz amarillenta conseguía atravesar la densa humareda. De vez en cuando se intensificaba en algunos puntos. Juan imaginó que debía tratarse de una barrera de incendios y que los brillos fugaces eran explosiones, probablemente de conducciones de gas, almacenes con productos inflamables o, quizás, gasolineras. La única información positiva, al menos para él, la pudo obtener mirando los árboles situados al otro lado de la calle: Las copas de todos ellos se agitaban levemente hacia el noroeste. Si el viento había comenzado a soplar, aquella dirección alejaría de la capital tanto el humo tóxico como la lluvia radiactiva.

Dada la pésima visibilidad, Juan no se molestó en sacar el telescopio terrestre pero sí abrió la bolsa de transporte y extrajo el aparato de radio; lo encendió; desplegó la antena hasta su extensión máxima; y lo orientó buscando el punto cardinal donde anteriormente había captado una emisora de noticias. Tras unos segundos en los que sólo se captaban ruidos, comenzó a oír una voz:

[...] no se sabe [...] trata de [...] accidente, un [...] o un ataque, aunque las explosiones registradas con posterioridad en la base conjunta de Rota, en Cádiz, y otros incidentes que aún no han podido ser confirmados por fuentes oficiales, hacen pensar que son hechos relacionados y por tanto intencionados. Agencias de noticias como Europa Press y Reuters informan de incidentes similares [...] europeas como París [...] de la capital alemana. Por el momento, no [...] presidente del gobierno [...] así como tampoco [...] paradero de Sus Majestades los Reyes de [...] el helicóptero que los [...] Madrid desde [...]

—¡No me jodas! —Exclamó Juan al perder la señal—.

Pese a los muchos intentos, no hubo manera de volver a sintonizar la emisora. Tras guardar el aparato de radio de nuevo en la bolsa, Juan comenzó a analizar la escasa información que había podido escuchar y valorar hasta qué punto sería veraz. Sin poder contrastar esas noticias con otras emisoras de radio, con canales de televisión, o a través de internet accediendo a las páginas de prensa escrita nacional e internacional, creer aquellas noticias era un acto de fe, pero aun así había que considerar las posibles consecuencias de ser cierto lo escuchado. Juan no hacía más que plantearse distintas hipótesis sobre lo que podría estar ocurriendo durante el tiempo que empleó en bajar las escaleras; atravesar el sótano de los trasteros; y acceder de nuevo a su edificio. Se encontraba inmerso en esas cavilaciones cuando, al llegar al segundo piso, alcanzó por las escaleras a su vecino Don Andrés.

—¡Juan! —Exclamó el militar jubilado con tono de alivio por no tener que seguir subiendo escaleras— Precisamente iba a buscarte.

—¿Qué necesita?

—Veras —comenzó a explicar no sin antes recuperar el aliento—. Uno de mis sobrinos está herido en mi casa. No puede caminar. Ni siquiera puede mantenerse en pie. Cuando le he comentado que me encontré contigo en el sótano me ha dicho que te conoce bien y necesita hablar contigo. ¿Puedes venir a hablar con él?

Juan dudó un momento ya que no recordaba haber visto nunca a ninguno de los sobrinos del Don Andrés. Intentó hacer memoria por si en alguna ocasión les hubiesen presentado cruzándose en la escalera, pero ni le sonaba, ni consideraba que un intercambio de saludos tuviese la categoría suficiente para poder decir que se “conoce bien” a alguien. Al menos, en el sentido estricto de la palabra.

—¿Su sobrino me conoce?

—Eso me ha dicho. De hecho, me ha dado detalles que sólo pueden referirse a ti.

—De acuerdo Don Andrés. Voy a dejar estas cosas en casa —indicó Juan señalando la bolsa de que llevaba a su espalda como excusa para ganar tiempo—, y ahora voy a la suya.

A Juan no le hacía ninguna gracia meterse en un domicilio donde nunca había entrado, y menos en unas circunstancias como las que estaban concurriendo. Se puso en lo peor barajando la posibilidad de una encerrona. Sin embargo se sentía en la obligación de ayudar y decidió hacer la visita pero no sin antes prepararse para cualquier situación inesperada. Por lo que, nada más entrar en su casa, y tras comprobar que su madre se encontraba bien, se dirigió a su habitación. Dejó la bolsa que llevaba a cuestas, y volvió a salir al pasillo de la escalera. Mientras bajaba por las escaleras, sacó su navaja táctica; desplegó la hoja; y la guardó con el filo abierto en el bolsillo trasero del pantalón, dejándola a mano por necesitaba usarla.

Cuando llegó al descansillo del primer piso, volvió a escuchar música. Esta vez se trataba del tema *Since you been gone* de Rainbow. Juan pensó que, si bien no era nada útil que aquella emisora sólo reprodujese música, lo que sí era cierto es que quien escogiera las canciones tenía un excelente gusto musical. Cuando se encontró delante de la puerta del domicilio de Don Andrés, tomó aire a través de la máscara; llamó a la puerta dando fuertes golpes con los nudillos, ya que el timbre estaba fuera de servicio por la ausencia de electricidad, y se dijo a sí mismo «*alea jacta est*» (La suerte está echada).

Capítulo 4

Don Andrés tardó algún tiempo en abrir la puerta, y cuando por fin lo hizo, invitó a Juan a entrar indicando con el dedo la dirección a seguir, señalando un pasillo perpendicular situado en el lateral derecho del recibidor. Juan se echó hacia el lado contrario, tratando de mantener su espalda a cubierto y dejando espacio para que su vecino le guiase durante el recorrido. Tras dejar atrás un par de puertas abiertas que daban a un salón y una cocina, Don Andrés abrió la primera de las tres puertas cerradas que tenía el pasillo y entró en la habitación invitando a Juan a hacer lo mismo.

Justo cuando llegaba a la altura de la entrada a la habitación, Juan escuchó un sonido y notó que el picaporte de la puerta de la siguiente habitación, la situada en el lado contrario del pasillo, giraba lentamente. Ralentizó su paso a expensas de lo que pudiera ocurrir y llevó su mano instintivamente hacia el bolsillo trasero de su pantalón, donde llevaba la navaja, pero sin llegar a sacarla. Instantes después vio parte de la cara de una muchacha que se asomaba por el resquicio. Al ser sorprendida, cerró rápidamente la puerta, pero aunque todo ocurrió muy deprisa y Juan sólo pudo ver la mitad derecha de su rostro, no era necesario más para poder reconocer a la persona quien curioseaba. No pudo dedicar mucho tiempo para comprender lo que acababa de ver ya que Don Andrés le esperaba dentro de la habitación donde, a priori, debía de encontrarse con su sobrino.

A medida que se introducía en la estancia, Juan la recorrió con la mirada. Se trataba, sin lugar a dudas, del dormitorio principal. Sobre la cama, tapado con una sábana, se hallaba un hombre de complexión atlética, alto y más o menos de su misma edad. De hecho, salvo por el corte de pelo, se asemejaba bastante a él. Otro rasgo que los diferenciaba era la tonalidad de la piel, que en el caso del sobrino de Don Andrés era notablemente pálida, casi blanquecina, muy probablemente debido a una abundante pérdida de sangre. Cuando Juan acabó de chequear la habitación comprobando que allí sólo estaban ellos tres, se colocó frente a la cama y con la espalda completamente pegada al armario.

—Está bien, tío —dijo el convaleciente—. Déjanos solos.

Mientras Don Andrés abandonaba el dormitorio, Juan estudiaba el escenario. El mobiliario era de madera de buena calidad pero de un diseño bastante antiguo, probablemente eran los mismos muebles que se compraron cuando adquirió el piso, y asombrosamente bien cuidados. El conjunto lo componía una gran cama con reposacabezas de motivos florales tallados, con una réplica del cristo de Dalí colgado encima; dos mesitas de noche idénticas a cada lado con sus respectivas lámparas, que aún muy parecidas, no eran gemelas; un gran armario de cuatro puertas con un envejecido espejo central ubicado frente a la cama; y un galán de noche, algo deteriorado, detrás de la puerta, sobre el que descansaba un traje de chaqueta azul marino, manchado y polvoriento, con una de las perneras del pantalón totalmente rasgada. Todo iba a juego salvo una silla situada a un lateral de la cama que seguramente habría sido traída desde el comedor, ya que el estilo y su tapizado no hacían para nada juego con los colores de la alcoba.

Cuando la puerta se cerró y ambos quedaron a solas, se mantuvieron la mirada unos instantes, como si se estudiaran mutuamente, sin que ninguno pareciera querer ser el primero en hablar.

—Gracias por venir —se arrancó finalmente el sobrino de Don Andrés—. Soy Gabriel Sanz. Perdona que no me levante para estrecharte la mano pero mi tío ha tenido que remendarme una pierna.

Gabriel levantó parte de la sábana dejando ver un gran vendaje sobre el muslo izquierdo. La herida debía ser de tamaño considerable a tenor de la extensión y cantidad de vendaje que llevaba puesto, y algún punto tenía que haberse roto ya que las capas superiores no ocultaban una incipiente mancha por filtración de sangre.

—¿Tienes alguna información sobre lo que está pasando? —Preguntó Gabriel—. Yo lo único que sé es que se ha detonado un artefacto nuclear y que todo Madrid se ha inmerso en el caos más absoluto.

—A parte de la evidente explosión —contestó Juan—, algo pude captar, fugaz y malamente, en una emisora de radio. Pero no sé si es de fiar. Dicen que ha ocurrido algo en la base naval de Rota y en otras ciudades europeas. Hablan de otros objetivos en territorio español pero sin confirmar. Y por lo que me ha parecido entender, no se sabe nada del presidente del gobierno, ni del rey, que viajaba en un helicóptero de camino a Madrid.

Cuando Juan mencionó esto último, advirtió como las cejas de su interlocutor se arqueaban y su mirada se perdía, como si tratase de asimilarlo. Juan esperaba aquella reacción. De hecho, había dejado aquella noticia para el final con toda intención considerando lo que había visto en el pasillo antes de entrar.

—Su tío me dijo que usted me conocía bien, pero francamente no recuerdo haber sido presentados anteriormente —señaló Juan, tratando de hacer regresar del limbo a aquella persona y empleando un tono que evidenciaba su deseo por aclarar esa cuestión cuanto antes.

—Es cierto. Tú no me conoces, y si no te importa, tuteémonos ya que yo a ti sí que te conozco desde hace tiempo —contestó Gabriel saliendo del letargo y centrándose en el asunto—. Tal vez, incluso, mejor que muchos de tus amigos y familiares. Y la razón es la siguiente: En primer lugar te diré que pertenezco al Servicio de Seguridad de la Casa Real, y uno de nuestros cometidos, además de escoltar a la «Familia», es investigar a todo aquel que de forma directa o indirecta pueda tener contacto con sus miembros. Hace unos años te investigamos y me tocó a mí hacerlo por proximidad, ya que mi tío era vecino tuyo, y eso podía facilitar la actuación.

—Vale —interrumpió Juan—, entiendo el motivo aunque me parece exagerado. Yo nunca tuve contacto directo. Ni siquiera mis compañeros, que eran los que iban de vez en cuando por allí.

—Lo sé, yo mismo lo indiqué al redactar el informe de cierre de investigación. Pero tu caso era algo especial. Resultaba...

—¿Sospechoso? —Preguntó Juan.

—No, sospechoso no. La palabra que yo elegiría es «extraño». Eres, y perdona que te lo diga, un tío muy raro. En aquel momento lo sabía todo sobre ti: Leí tu dossier académico y militar; e incluso tuve acceso a tu expediente del Centro Nacional de Inteligencia. —Gabriel hizo un breve silencio antes de continuar— ¿Sabes que tu nombre figura en documentos clasificados del

Servicio Secreto de los Estados Unidos y del departamento de selección de personal del Cuerpo de Marines?

—No —contestó Juan sin añadir nada más.

Gabriel esperaba otra reacción: alguna pregunta; tal vez alguna explicación; pero sólo recibió un seco «no» por respuesta que le descolocó. Tardo unos segundos en readaptar el guion que había estado preparando desde que su tío le comentase que se había encontrado con él en el sótano de los trasteros.

—Lo que quiero decir es que sé quién eres. Sé que eres una persona de fiar porque así me lo hicieron saber a los que entrevistaste en su momento al investigarte, y espero que no se equivocasen contigo porque necesito pedirte algo muy importante. No pensaba contarte todos los detalles, pero es una tontería ya que al final te acabarás enterando, y prefiero poner todas las cartas sobre la mesa. Necesito que contactes personalmente con mi superior para evacuar de este piso a la infanta Sofía.

Tras soltar aquella información, Gabriel hizo un largo silencio. Estudió la cara de Juan tratando de apreciar algún gesto de sorpresa o incredulidad, pero Juan ni parpadeó. No entendía cómo era posible que aquel tipo fuese tan impasible. Pensó que, o bien Juan estaba en estado de shock ante todo lo que estaba ocurriendo, o bien se encontraba ante la persona más impávida que había conocido en toda su vida. Se disponía a preguntarle algo que le permitiese calibrar si podía confiar en él para aquella misión cuando Juan se adelantó.

—¿Cómo puedo saber que en verdad sirves en la Casa Real? —Preguntó Juan omitiendo que había visto de refilón a la infanta antes de entrar en aquella habitación—, ¿Tienes alguna acreditación que lo constate?

—Ahí, en mi chaqueta —dijo Gabriel señalando el galán de noche—. En el bolsillo interior izquierdo está mi cartera, y dentro mi identificación.

Juan se desplazó hasta el perchero; ahuecó la solapa izquierda deslizando su mano a tientas hasta acceder al bolsillo interior del que sacó una cartera. Miró en su interior mientras se volvía de nuevo hacia la cama. Extrajo, de un compartimento plastificado, una tarjeta de identificación militar similar a las convencionales: del tipo tarjeta de crédito con chip, pero a diferencia de las de otros cuerpos, en ésta predominaba el color azul y tenía impreso el escudo de la casa real española. Juan leyó el nombre completo de Gabriel Sanz; vio que era teniente; que estaba destinado en el SSCR, tal y como le había dicho; y cotejó el rostro de Gabriel con el de la fotografía.

Hecho esto, Juan hizo ademán de devolver la tarjeta a la cartera, pero en realidad la retuvo en su mano sujetándola con los dedos anular y meñique mientras parecía que la colocaba en su compartimento. Aprovechó el giro de cuerpo para volverse hacia el galán y ocultar como se metía la tarjeta en el bolsillo de su pantalón. Mientras tanto, con la mano derecha, y de forma bien visible, devolvía la cartera al lugar donde estaba. En ese momento, al separar la solapa, pudo apreciar que bajo la chaqueta había otra cosa colgada en la percha: Se trataba de una sobaquera de arma pero con la funda vacía.

—¿Cómo habéis terminado aquí la infanta y tú? —Se interesó Juan para disimular.

Gabriel le contó que volvían de un acto fuera de Madrid en un convoy de dos vehículos circulando por el paseo de Extremadura. Recordaba que delante de ellos, en el carril derecho, circulaba un camión que transportaba maquinaria pesada de obras al que iban a adelantar cuando el flash de la detonación nuclear los cegó. Durante unos segundos sólo pudo escuchar el ruido de frenadas e impactos antes de perder el conocimiento.

Cuando recuperó la consciencia vio la magnitud del accidente múltiple en el que se vieron involucrados. El conjunto de camión y remolque que les antecedía había volcado y cruzado en perpendicular a la vía. La retroexcavadora que transportaba el tráiler cayó de lado y aplastó al vehículo de avanzadilla, matando, seguramente al instante, a sus dos ocupantes. Su vehículo, el principal, estaba destrozado a pesar del blindaje: un taladro de gran tonelaje había conseguido atravesar la luna antibalas produciendo un gran desgarró en su pierna izquierda; el conductor presentaba una herida sangrante en la cabeza pero respiraba; por cuanto a la infanta, afortunadamente sólo registró una pequeña contusión en el brazo.

Tras practicarse él mismo un torniquete de emergencia, consiguió salir del vehículo no sin esfuerzo; se hizo con otro automóvil trasladando a él tanto a la infanta como a su compañero herido. Trató de dirigirse al acuartelamiento militar más cercano que era la base aérea de Cuatro Vientos. Su idea inicial era evacuar a la segunda hija de los reyes en alguno de los helicópteros que allí anidan, pero fue imposible llegar: Las grandes avenidas se colapsaron por el tráfico y era complicado callejear por los numerosos accidentes que se producían tanto por el apagón de los semáforos como por una contagiosa conducción temeraria de todo aquel que sujetaba un volante.

Ante el agravamiento del estado de su compañero, y con miedo a perder él mismo la consciencia dejando sola y a su suerte a la infanta, optó por un nuevo destino: el Hospital Militar de la Defensa en Carabanchel. Pensó en acceder por la entrada trasera existente en el barrio de Aluche, pero la densidad de tráfico le obligó a buscar una nueva ruta. Cuando comenzó a notar que se le cerraban los ojos, y temiendo no poder llegar, decidió dirigirse a casa de su tío, que no estaba lejos de donde se encontraba. Le pareció que era un lugar seguro, donde residía alguien de confianza y con conocimientos médicos como para poder atender tanto a su compañero como a él. Desgraciadamente, cuando llegó allí el escolta herido ya no tenía pulso. Su tío conjeturó como causa de la muerte un traumatismo craneoencefálico.

Tras aquel relato, Gabriel le explicó cuál era su plan para evacuar a la infanta. A tenor de lo que había ocurrido sólo podía confiar en su jefe directo para una evacuación segura, e implicaba llegar al acuartelamiento de la Academia Central de la Defensa, situada junto al Hospital Militar de Carabanchel. Allí debía contactar, única y exclusivamente, con un tal Zancada, un brigada que aparentemente era profesor de idiomas pero que en realidad dirigía un puesto logístico del Centro Nacional de Inteligencia. Por su actividad encubierta, disponía de un teléfono vía satélite con el que Juan podría ponerse en contacto con su superior, para lo cual le facilitaría el número directo del Cuarto Militar de la Casa del Rey, y las contraseñas necesarias para poder validar su llamada.

A medida que Gabriel le daba todos los detalles, Juan se reafirmaba en la buena idea que había sido sustraerle la tarjeta de identificación. Ya imaginaba que el plan implicaría entrar en una instalación militar y, sin duda alguna, todo iba a ser más complicado de cómo se lo estaba pintando.

Cuando parecía que se aproximaba la despedida, Juan decidió preguntar algo que llevaba unos minutos maquinando.

—Imagino que aprovecharás la evacuación para sacar a tu tío de aquí.

Gabriel supo enseguida qué era lo que Juan pretendía.

—Si regresas a tiempo, puedo sacaros a tu madre y a ti de la ciudad y llevaros a cualquier punto de España, o del extranjero si lo prefieres. Puedes contar con ello. Sé que mi superior no me va a negar ninguna condición a cualquier trato que ponga a salvo a la infanta, y si hubiese algún problema, ya encontraría yo la forma de cumplir con mi promesa.

—No pensaba en mí —comentó Juan—. Yo aún tengo que encontrar a mi mujer. Pero sí me gustaría que sacaseis a mi madre de aquí poniéndola a salvo fuera de Madrid. Tiene una casa en un pueblo de Cuenca y unos sobrinos que podrían cuidarla hasta que encuentre a mi chica.

—Cuenta con ello —señaló Gabriel—, y mi palabra es vinculante. Por lo que sé de ti, ambos valoramos y cumplimos los juramentos. Gastamos el mismo número en este sentido.

—Pues entonces, todo dicho —sentenció Juan—. Antes de irme, avisaré a mi madre de que alguien irá a buscarla. Lo único que debes recordar es un santo y seña para que os abra la puerta, que es la primera parte del párrafo inicial del Quijote.

—¿Tenéis acordado un santo y seña? —Preguntó extrañado Gabriel—, ¡Joder, que previsores!

—Como decía Pasteur: «La suerte favorece a la mente preparada».

Juan abandonó la habitación y cerró la puerta tras salir, pero no avanzó por el pasillo en dirección a la salida. Vio a Don Andrés al fondo, en el recibidor, aguardando sentado en una silla. Cuando éste hizo el amago de levantarse, Juan levantó su dedo índice indicándole que esperase un momento; se dirigió en sentido contrario hacia la siguiente habitación, aquella en la que sabía que se encontraba la infanta; y llamó con dos golpes de nudillo.

Instantes después se abrió parcialmente la puerta, lo suficiente como para confirmar su identidad y advertir que llevaba un brazo en cabestrillo. Juan se puso firme y saludó con una rápida inclinación de la cabeza.

—Alteza, ¿Puedo hacerle cuatro preguntas rápidas? —Se arrancó Juan sin presentarse, dando por hecho que la habrían puesto en antecedentes antes de que él llegase.

—Sí —contestó la muchacha.

—¿Está usted aquí en contra de su voluntad?

—¡No! —Contestó asombrada— Por supuesto que no.

—¿El hombre herido que está en la otra habitación es miembro de su escolta habitual?

—Sí. Gabriel lleva varios años con nosotros.

—¿Confía en él?

—Sí.

—Es todo, muchas gracias Alteza —se despidió Juan repitiendo el saludo protocolario.

Entonces se encaminó hacia la entrada donde le esperaba ya en pie Don Andrés, quien había avanzado hacia el pasillo cuando Juan se dirigió hacia la habitación donde se escondía la infanta, con intención de impedirle el paso, pero sin llegar a tiempo condicionado por su lento paso. Cuando comprobó que Juan sólo quería hablar con la chica y que la conversación se desarrollaba en un tono adecuado, se detuvo y dejó hacer.

—¿Cuál es el estado de su sobrino? —Le preguntó Juan.

—Ha perdido mucha sangre y necesita reposo pero está estable. Hacía años que no suturaba, mi vista y mis manos ya no son las que eran, pero creo que los puntos aguantarán. No como para andar por sí solo, pero puede bajar unas escaleras con ayuda.

—¿Y la infanta?

—Sólo es una pequeña contusión sin importancia. La inmovilización del brazo es preventiva, por seguridad.

—¿Necesitan algo? —se interesó Juan para finalizar la conversación.

—No hijo, gracias. Tenemos agua y comida suficiente para varios días. Yo suelo encargarme de una gran compra al mes que me traen a casa, y la última la hice precisamente hace unos días. Tal vez no será del tipo que suele tomar la niña, ya que creo que está acostumbrada a otro tipo de comida más saludable, pero es lo que hay, y hasta el momento no se ha quejado. Es un encanto. Se nota que están muy bien educadas.

Tras despedirse, y una vez que Juan abandonó su domicilio, Don Andrés fue al dormitorio para interesarse sobre cómo había ido la reunión.

—¿Lo hará —preguntó ansioso Don Andrés a su sobrino.

—Sí.

—¿Te fías de él?

Gabriel tardó unos segundos en contestar, pero finalmente respondió:

—En su momento, cuando le investigue, había detalles que no me cuadraban, y después de conocerle personalmente sigo teniendo dudas.

—¿Dudas?, ¿A qué te refieres?

—No es algo concreto. Es una impresión —Gabriel tardó unos instantes en buscar las palabras con las que expresarse adecuadamente—. Por ejemplo: La mayoría de la gente no tiene un expediente en el Centro Nacional de Inteligencia. Quien lo tiene es por ser una persona de interés, bien por tener una posición relevante, bien por ostentar un cargo, o por ser una amenaza para la seguridad nacional. En las contadas ocasiones en que le he dicho a alguien que he leído su expediente del CNI, todos han actuado de la misma manera. Se sorprenden y preguntan el motivo por el cual el Centro Nacional de Inteligencia tiene un dossier sobre ellos. Sin embargo, cuando se lo he mencionado a Juan, ni se ha inmutado. Es como si lo diera por hecho. Estoy convencido de que la razón tiene que ver con la parte de su expediente que no pude leer por estar clasificada, pero, salvo que me engañasen, me aseguraron que no trabajaba allí.

—¿Crees que, de alguna forma trabaja para el CNI? —preguntó su tío.

—No lo sé. Por un lado, oficialmente es un civil, pero ya le has visto. Su aspecto e indumentaria recuerdan al estereotipo de aquellos que han querido ser policías o militares pero no son aceptados. Sin embargo, no es su caso ya que a lo largo de su vida le han ofrecido entrar en la Policía, en la Guardia Civil y en la Guardia Real, declinando todas las ofertas. Incluso, según me contaron, también rechazó la que le hizo el CNI.

—Entonces es un civil —concluyó Don Andrés.

—Eso parece. ¿Pero qué clase de civil colabora con el CNI en algo que es clasificado?, ¿por qué aparece su nombre en las bases de datos de mis homólogos de la Casa Blanca y en la del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos? Un tipo de su edad que no tiene redes sociales; ni tatuajes; con experiencia en técnicas de contravigilancia; conocimientos sobre armas, y un largo etcétera de cosas así, a mí, que quieres que te diga, no me parece un “civil normal”.

—Entonces, ¿por qué te fías de él? —preguntó el tío.

—En primer lugar, porque no queda otra. Está a mano, aquí y ahora. En segundo lugar, porque, según me han contado, es un tipo de palabra. Sí dice que hace una cosa, lo hará. Cueste lo que cueste. Gente así ya no queda en la actualidad.

—La verdad es que no —Añadió Don Andrés—. Ese tipo de personas son *rara avis*.

Mientras tenía lugar aquella charla entre tío y sobrino, Juan se preparaba para salir de nuevo a la calle. A pesar del cansancio que arrastraba, pensó que cuanto antes finiquitase aquel encargo, antes podría estar tranquilo con respecto a la seguridad de su madre y podría centrarse en localizar a su pareja.

Tras llenar el estómago a base de las latas de conservas con menor caducidad de las que tenían en casa, se aseguró de que su madre tuviese preparada una bolsa de viaje con todo lo imprescindible para el viaje que se disponía a hacer, en la que incluyó todos los medicamentos que había conseguido en la farmacia y que suponían un suministro suficiente como para estar servida varios meses.

También la dejó a mano una máscara de protección modificada con varios filtros de carbón activo; un surtido de guantes de nitrilo; y un poncho de plástico, instruyéndola en la adecuada forma de ataviarse para salir al exterior cuando viniesen a recogerla, algo que reservó para el último momento, y sin incluir las identidades de quienes serían sus acompañantes en la extracción, pero informándole de que seguramente serían soldados los que vinieran a recogerla. Tras despedirse, con la promesa de verse lo antes posible, emprendió el camino.

Mientras bajaba las escaleras se distrajo barajando la posibilidad de que el tal Gabriel no cumpliera con la promesa de llevarse a su madre, por ello, cuando pasó por el descansillo del primer piso, ni se percató de que en la radio del desconocido vecino sonaba *Long as I can see the light*, una de sus canciones favoritas de los Creedence Clearwater Revival.